ER/327

COMIN LEGADO

AÑO XXVIII
Número 1.406

Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

mundo gráfico

Miércoles, 19 de Octubre de 1938

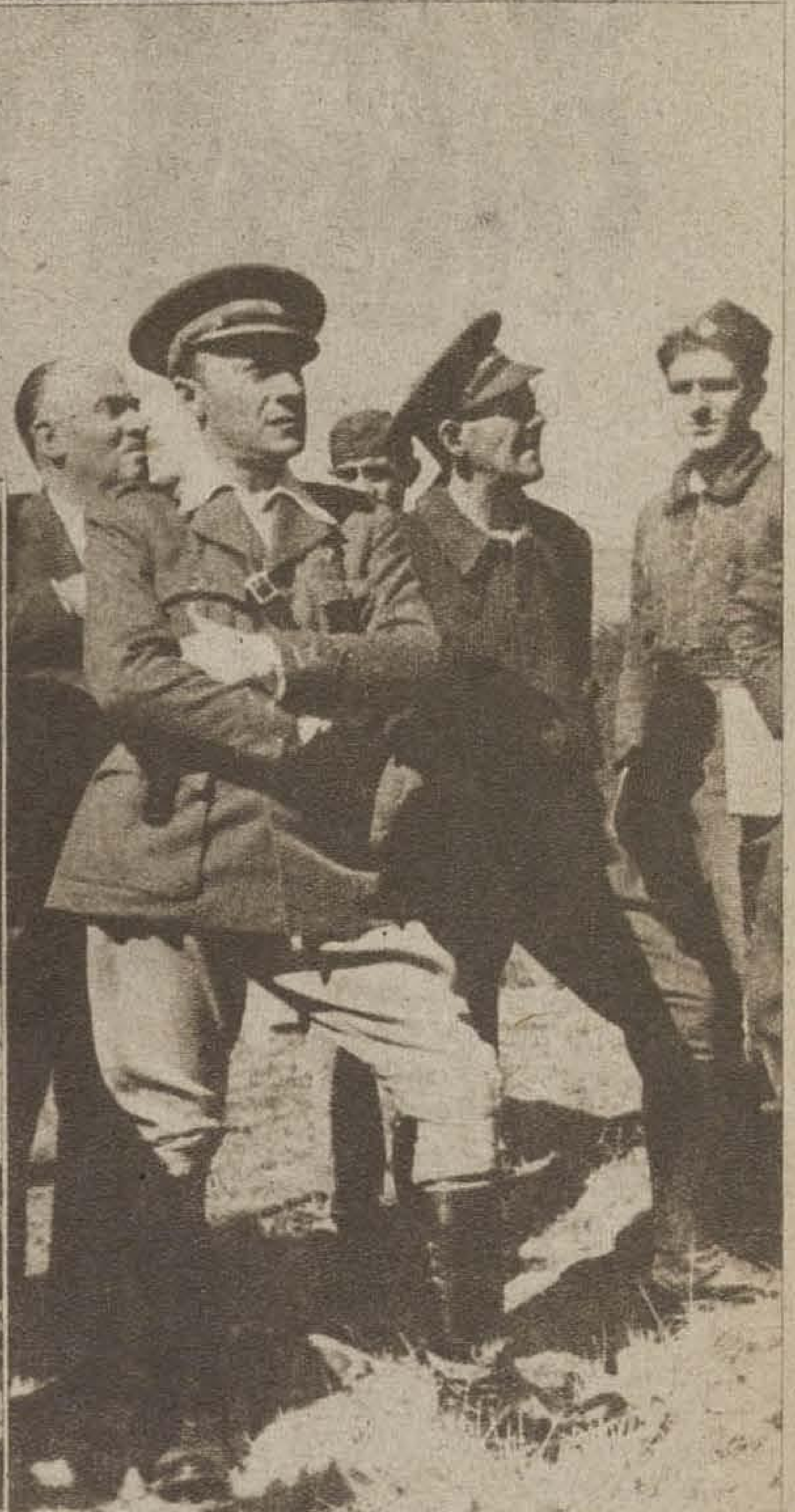
40 CTS

La Sanidad en la guerra

↑ El inspector jefe de los servicios de Sanidad, coronel Puche, durante su visita al frente del Centro

La bandera de la Sanidad, entre los picachos de la Sierra cercana a Madrid ↓

El doctor Estellés, jefe de la Sanidad del Centro, en un momento de la visita que, acompañando al coronel Puche, realizó hace unos días a aquellos frentes
(Fots. Videa) →



La Sanidad en la guerra

HUBO, como tantas otras cosas, que improvisarla, que reconstruirla. Se fué creando al ritmo del instante, bajo el mandato duro, inaplazable, de las circunstancias, que no admitían esperas, que sólo querían realizaciones inmediatas.

Hubo que improvisarla, que reconstruirla, mientras al mismo tiempo se combatía, mientras llegaban los heridos de

Un puesto sanitario avanzado en las cumbres de la Sierra

los campos de batalla. Doble y excepcional esfuerzo. Y así, como en tantas otras cosas — improvisadas y reconstruídas también—triunfó una vez más ese acento tan español de lo que, siendo improvisado, tiene ya gallardías de madurez. Nuèstra Sanidad de guerra, nacida, entre el dolor de la lucha, de los escombros de la vieja Sanidad Militar, supo ser muy pronto una organización auténticamente ejemplar. Su eficacia era magnífica en los frentes y en la retaguardia. Uno y otro día, personalidades extranjeras que visitaban España se maravillaban del grado de perfección que, en plena lucha, habían conseguido alcanzar nuestros servicios sanitarios de guerra. La genial cualidad española de la improvisación que sabe hacerse en seguida disciplina y organización, se había impuesto, una vez más, y era ejemplo ante los ojos asombrados de nuestros visitantes.

Cuando, acabado el oleaje de la lucha, puedan verse sus fases y sus episodios con distancia, con perspectiva, habrá que conceder en la historia y el desarrollo de nuestra guerra un capítulo muy destacado a la labor realizada por la Sanidad Militar. Una labor en silencio, fervorosa, entusiasta. Una labor que no está, lógicamente, en las palabras de los partes oficiales. El gran público no la advierte, a primera vista. Para él la guerra son los asaltos de la Infantería, y el avance terrible de los tanques, y las explosiones de la Artillería, y los duelos de la Aviación. Pero detrás de todo eso—lo espectacular, el primer plano—hay siempre una serie de servicios sin cuya perfecta organización todo aquello otro no sería posible. Y la Sanidad es fundamental. Puestos avanzados, evacuación de heridos, hospitales de campaña, hospitales de retaguardia... Una labor intensa, sin pausas, porque el dolor de la guerra no las permite; una lucha diaria para arrancar vidas a la muerte, para que no sea mayor su cosecha sangrienta; centenares de hombres inclinados sobre los cuerpos rotos, ensangrentados, para que la vida no se vaya de las carnes heridas... Eterna y admirable estampa de la Sanidad en guerra, llena de emoción y de esfuerzo, callada y fervorosa, realizada con el sentido apasionado del que cumple el más alto deber.

La guerra moderna es—y lo será más cada día—técnica, organización. Muchas veces, el resultado de una batalla, la eficacia o no eficacia de una operación, dependerá de cómo, a la espalda del campo de combate, estén organizados todos los complejos servicios que la lucha exige. Y entre esos servicios la Sanidad es piedra angular, nervio fundamental. En la labor que ha realizado y realiza nuestra Sanidad de guerra hay mucho de ejemplo. Por el grado de madurez que ha alcanzado no diríase que es resultado de una improvisación ardiente, sino fruto de una labor lenta y minuciosa, estudiada de largo tiempo, preparada con serenidad y sin apremio. Y, no obstante, toda esa gran organización sanitaria hubo de ser forjada en plena lucha, bajo el eco de las batallas, sin un solo instante que perder, porque la guerra estaba allí mismo, a dos pasos...

Nuestra Sanidad de guerra... Algún día podrá conocerse con justeza y con detalle cómo fué creada, lo que sus forjadores han hecho y cómo lo han hecho, lo que hay de milagro y de maravilla en esta organización sanitaria que ha sido para muchos una de las mejores revelaciones de nuestra guerra.

Un grupo de sanitarios comunicándose con otro puesto avanzado

(Fots. Videa)

Una peluquería de campaña

La evacuación de heridos en mulos a los puestos sanitarios más retirados del campo de batalla

Las grandes actrices y sus desconocidas novelas de amor

UN CAPITULO DOLOROSO EN LA VIDA DE ELEONORA DUSE

La artista y el escritor

Los amores de Eleonora Duse con Gabriel D'Annunzio son universalmente conocidos. Han quedado en ellos, sin embargo, zonas obscuras a las que no ha conseguido llegar esa curiosidad ardiente con que las multitudes de todos los países quieren acercarse a los secretos sentimentales de las grandes figuras.

Eleonora Duse amó apasionadamente al escritor. Lo conoció cuando ella era muy joven aún. Cayó muy pronto bajo la seducción del artista. D'Annunzio —vehemente, epicúreo, teatral— ejercía sobre las mujeres una fascinación auténtica. Hizo el amor a Eleonora y ella se entregó íntegramente, sin reservas, al escritor.

Por él sacrificó todo: su fama, su prestigio, su tranquilidad, su posición artística y social, sus conveniencias, su dinero, sus amistades... Fué de él incondicionalmente, y todo lo que estuviese fuera de ese amor le parecía subalterno. Gabriel D'Annunzio no era solamente para ella el hombre más amado: era un héroe, un ídolo, un dios. En este sueño de vehemencias, bajo este vendaval de imaginación y de pasión, Eleonora no sospechaba ni un solo instante que el poeta pudiera ser distinto a como ella le veía. El despertar habría de ser muy amargo.

Los amores con la condesa d'Anguissola

Porque había páginas obscuras en la vida de Gabriel D'Annunzio. Y una de ellas era la de sus amoríos con la esposa del conde d'Anguissola. Era éste un noble napolitano de viejo linaje y gran fortuna. Había tenido el matrimonio dos niños, y todo en la casa se deslizó apaciblemente hasta que en la vida de la condesa fué deslizándose, como una tentación, Gabriel D'Annunzio.

El escritor fué para la condesa el diablo, lo maléfico, la tentación. Perturbó su vida, enturbió las aguas de aquel hogar hasta entonces tranquilo. Gabriel D'Annunzio convenció a la condesa para que abandonase la casa y se fuera a vivir con él a una villa sobre el lago Como. Allí pasaron los amantes dos años.

Otras mujeres, después, llenaron la vida de D'Annunzio. El escritor se cansó del amor de la condesa d'Anguissola. Pero ella no quería separarse del poeta y le pedía ardientemente que no la abandonase. El era egoísta, vanidoso, y llevaba a mal que se opusieran a su voluntad o su capricho. Así, un día toda Italia se vió sorprendida con la noticia de que Gabriel D'Annunzio, el poeta y el escritor de fama universal, había hecho detener por robo a su amante la condesa d'Anguissola. La acusó de haber violentado su despacho y de haber substraído de él la suma de diez mil liras. Ella afirmó una y otra vez que era inocente; mas D'Annunzio no quiso retirar la acusación. La condesa fué condenada a diez y ocho meses de cárcel. Y el escritor se vió libre.

La gran artista Eleor

La carta en el umbral de la muerte

Libre para ofrecer su corazón a Eleonora Duse, de quien ahora se acababa de enamorar. La Duse, absorbida por su arte y por sus amores con el escritor, nada llegó a saber de aquella página enojosa de la vida de D'Annunzio. Ella vivía y triunfaba en el Extranjero, entregada íntegramente al amor con Gabriel D'Annunzio.

La condesa d'Anguissola cumplió totalmente la condena que le había sido impuesta por los Tribunales. El día que salió de la prisión estaba esperándola su marido a la puerta.

—Mi deber—dijo el conde—es protegerte y quiero hacerlo...

La llevó a uno de sus castillos en la Calabria. La esperaban estancias repletas de obras de arte y servidores especialmente puestos allí para atenderla.

El conde se despidió de ella con solemnidad y se marchó del castillo. Nunca volvieron los dos a verse. Y sólo en determinadas ocasiones le fué permitido a la condesa ver a sus hijitos. Allí, en el solitario y triste castillo calabrés, permaneció como prisionera hasta su muerte, algunos años después de su tragedia.

Antes de morir, supo el nuevo amor de Gabriel D'Annunzio con Eleonora Duse. Y escribió, contándole la historia de su propia seducción, a la nueva amante del escritor.

«Hago esto—decía la condesa en las palabras finales de la carta—con la esperanza de que pueda usted desligarse de los lazos que la unen ahora al hombre más sin escrúpulo de toda Italia»...

La venganza

Cuandó esta carta llegó a manos de Eleonora, la condesa había muerto. Pero la actriz sintió en lo hondo de su corazón aquella llamada que desde la sombra de su sueño eterno hacía la muerta.

Llamó a Gabriel D'Annunzio y le pidió una explicación de aquel capítulo de su vida para ella desconocido. Nada respondió el escritor. Entonces la Duse le arrojó la carta de la condesa, le volvió la espalda y se marchó.

Gabriel D'Annunzio trató de ganar de nuevo el amor de Eleonora, pero ella se negó rotundamente una y otra vez. Cuando se entregó a la evidencia de que la actriz no volvería ya a él, determinó y juró vengarse. Y la venganza fué su novela *El fuego*. En las páginas del libro difamó a la artista. No supo ser con ella caballero, como antes no lo había sabido ser con la condesa d'Anguissola.

A partir de este momento, Eleonora Duse no volvió a mencionar el nombre de su antiguo amante. En silencio lloró y vivió su tragedia, sin que nada delatase en ella su profunda tormenta interior. Como mademoiselle Georges, como Sara Bernhardt, la artista llevó a la tumba el secreto de aquel capítulo de su vida.

Los artistas y la guerra

"OSELITO, extranjero en su tierra"

El gran dibujante Andrés Martínez de León

EL gran artista Andrés Martínez de León ha publicado un magnífico álbum de historietas. Se titula *Oselito, extranjero en su tierra*. Y es, animado por la gracia del dibujo y el gracejo, de pura cepa popular, de las leyendas, el relato de un imaginario viaje de *Oselito*, español leal y antifascista, por su tierra andaluza, hollada hoy por los invasores extranjeros.

Todos conocéis a *Oselito*. Es un trianero espigado y garboso, zumbón y exagerado. «Chaval» del pueblo con picardías del arroyo, *Gavroche* andaluz, que toma la vida en broma porque, en fuerza de ver de cerca el dolor, se ha acostumbrado a burlarse de él, disimulando sus lacras con el bendito bálsamo humano de la risa.

No creáis por esto que *Oselito* es un ente frívolo o cínico. *Oselito* nació en Triana, y es hijo del pueblo. Ha vivido siempre entre la plebe que sufre y canta y ruge en el arroyo; la que llena los talleres y las fábricas trianeras y macarenas; la que se asoma con los puños crispados a los muelles del Guadalquivir; la que en los crepúsculos, rendida por la dura jornada, se derrama por las callejas sucias y se aglomera en las casas pobres que en la Sevilla clara y luminosa no tienen aire ni luz.

Cuando *Oselito* ha ido a los cortijos de los ricos para ver las faenas del toreo campero ha charlado mucho con los gañanes calcinados por el sol, que se dejan la vida sobre una tierra que no es suya.

Oselito, filósofo del pueblo, gracia espontánea y zumbona de la calle, conoce, pues, la Andalucía dramática, el contraluz de la pandereta pinturera y alegre.

En la risa de *Oselito* no hay esa gota de acíbar que destila el genio sonriente de los humoristas clásicos. *Oselito* es bueno, generoso, zumbón a la española, sin hiel ni doblez.

Andrés Martínez de León es *Oselito*. Como él, hombre del pueblo, artista al que el pueblo paga con esa cordial simpatía que es la veta humana de la verdadera popularidad.

Hasta antes de la guerra, *Oselito* tenía este credo simplista: «Lo más serio es reír»; pero «por las buenas», con esa risa buena y sin amargura, con la risa sana, franca y ruidosa del pueblo que olvida todas sus tristezas con un donaire o con una copa de vino.

La guerra llega, y *Oselito*, naturalmente, está al lado del pueblo. Es de su carne y de su sangre y de su alma también.

El Mundo, a su alrededor, no puede reír. La vida se hace trágica, y los hombres se la juegan en un albur heroico. *Oselito*, autodidacta admirable, que sabe sonreír, a pesar de lo que sabe, figura estilizada de la mejor cantera popular, está con «los suyos», con los que sufrieron hambre de pan y sed de justicia, con los que no se resignan a ser víctimas del despotismo, con los que en un ímpetu sobrehumano se lanzaron a las calles y a los campos a defender su libertad.

Oselito—Andrés Martínez de León—estuvo y está con el pueblo... Asistió al alzamiento viril de Madrid; fué a la Sierra en las jornadas heroicas del verano; vivió los días angustiosos de Noviembre en la capital de la República; bajó a los frentes andaluces y asistió a la gesta épica de los guerrilleros, mineros de Linares, campesinos cordobeses, pastores de Extremadura, labrantines de Granada, pegujaleros de Jaén, que hacían frente al invasor...

Pero *Oselito* sentía la fiebre y el ensueño y la nostalgia de su Sevilla sometida, de su Triana mártir... Y con el espíritu se trasladó a la tierra querida y sintió su dolor de vencimiento y su tristeza de invadida... Pero en el alma de *Oselito* la alegría y la esperanza son inmortales... Si la fuerza aprisiona y el cuerpo ha de someterse a la tiranía y en las manos no hay un arma para luchar, aún queda otro arma más fina y más hiriente, que ningún despotismo puede humillar: la burla, el donaire... Y contra el invasor, que le hace sentirse «extranjero en su tierra», *Oselito* esgrime ese arma inmortal del ingenio, ala del espíritu que ni cárceles ni cadenas pueden dominar...

Oselito, español leal, republicano y hombre libre, siente en su alma el dolor inmenso de su Andalucía oprimida, tiranizada, martirizada... Y contra el enemigo aguza su lápiz y le acomete, hiriéndole con herida profunda e incurable: la burla, que es desprecio viril; la sonrisa, que es superioridad moral; el chiste, que enfrenta al déspota con el ridículo y lo hace vacilar en su falso trono.

Oselito, extranjero en su tierra, no es sólo una magnífica obra de arte; es un alegato de aguda elocuencia y un acta de acusación contra los invasores de España.

El Comisariado de Levante, editando los dibujos de Martínez de León, ha rendido una magnífica contribución a la causa por la que la España leal combate. Y *Oselito*, tan andaluz porque es tan español o tan español en fuerza de ser tan andaluz, merece el laurel como lo que en realidad es: un combatiente; su gracia, como todas las armas del espíritu, gana también batallas. Acaso más fecundas que las de los cañones...

JUAN FERRAGUT

De nuestra otra Guerra de Independencia

EL ALCALDE DE MÓSTOLES

El héroe civil ante el imperialismo invasor

CADA hora que pasa se acentúa el carácter de guerra de independencia que tiene nuestra lucha... En este sentido se orienta la actuación de los gobernantes, y en las trincheras y en la retaguardia se ha hecho, del rechazo de los invasores, el nervio y la razón definitiva de la guerra.

Independencia: su comprensión, su sentido de ella y su sentimiento es quizá el resorte más firme, la razón más permanente y el estímulo más poderoso de la espiritualidad española.

Y esta virtud racial, este ímpetu insobornable, ha brotado siempre de modo espontáneo, instintivo, irrefrenable, en las entrañas del pueblo, en las zonas más densas y recónditas antes que en la flor o superficie selecta. Y ha sido también un grito cívico, de pura y cordial civilidad antes que programa de poderosos o disposición de reyes o bandera de caudillos castrenses... Poderosos, monarcas y generales han podido traicionar ese espíritu nativo de independencia; pero el

pueblo, nunca. De sus entresijos ha manado siempre en puro torrente el espíritu de independencia, y han sido—muchas veces contra los hombres de espada y de toga—los hombres de la calle los sostenedores de esa virtud racial...

Ahora, cuando la segunda moderna guerra de Independencia española hecha por el pueblo llega a su auge, cúmplense precisamente cien años de la muerte del héroe civil iniciador del movimiento popular de 1808.

El héroe está vivo en el recuerdo y en el corazón de España. Hizo inmortal una casta, un gesto y un pueblo.

Es don Andrés Torrejón, alcalde de Móstoles en el año de gloria y de martirio que fué el 1808.

España, invadida, gemía bajo el yugo napoleónico, traicionada y sorprendida... Las águilas imperiales habían hecho presa en el pendón morado de la Castilla invencible que parió gigantes y descubrió mundos.

Y amaneció el día epopéyico del 2 de Mayo. La plebe que el invasor despreciara vibró de coraje, y su sangre generosa corrió por las calles de Madrid. Los cañones de los invasores respondieron a las facas. Y en el gigante duelo desigual el pueblo madrileño caía arrasado por la metralla, abrumado por la superioridad armada.

Fueron las horas del heroísmo sublime, la exaltación del espiritu popular, la epopeya de la calle. Las bayonetas francesas imponían su terror. Vísperas de la noche trágica de los fusilamientos en masa que Goya vió para la inmortalidad.

Aquella tarde misma llegaba a Móstoles, un pueblecito a tres leguas de Madrid, don Juan Pérez Villamil, miembro de la Junta de Gobierno de España en sustitución de Jovellanos. El viajero portaba la triste noticia del alzamiento popular y de la venganza francesa.—

Era alcalde de Móstoles don Andrés Torrejón, un castellano leal que sintió su alma inflamada de santa cólera al conocer los detalles luctuosos de la jornada.

Y este hombre, sin temor al castigo que la proximidad de la Corte hacía fácil, tomó un pliego y en él, sin que la recia diestra temblara un punto, escribió su mensaje inmortal:

La Patria está en peligro. Madrid perece, víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles! ¡Acudid a salvarla! Dos de Mayo de 1808.—El alcalde de Móstoles.

Un jinete partía, una hora después, con el mensaje que de pueblo en pueblo y de alcalde en alcalde recorrió toda España. El día 5 de Mayo Badajoz se alzaba contra el invasor, y antes de finar el mes la nación entera estaba en armas.

Don Andrés Torrejón, el alcalde de Móstoles, carne y alma del pueblo, salvaba a España. Era la individualidad poderosa, el sentimiento racial de la independencia, la espiritualidad cívica rebelándose contra el despotismo castrense. El león castellano retaba al águila imperialista... Y su mensaje fué como la chispa heroica que, partiendo de su alma, encendiera la hoguera en que había de fundirse la espada del mejor capitán del siglo...

ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

El festival de los periodistas a beneficio de la Campaña de Invierno

Con rotundo éxito de público se celebró la semana última la fiesta organizada por los periodistas de Madrid como aportación a la Campaña de Invierno. El público agotó las localidades y aplaudió entusiásticamente las distintas partes del programa. He aquí algunas de las destacadas figuras que en la fiesta intervinieron: Angeles Ottein, Elvirita Noriega, Manuel González y Rafael Martínez. Para ellos, para sus compañeros de programa y para los periodistas organizadorès de la fiesta, tuvo el público ovaciones constantes y fervorosas

↑ Angeles Ottein cantó con su maestría habitual en la fiesta que los periodistas de Madrid celebraron la semana última en el Teatro Español para engrosar los fondos con destino a la Campaña de Invierno

← Manuel González obtuvo un nuevo éxito personal con su interpretación de «El alcalde de Zalamea»

Elvira Noriega, la joven y admirable actriz, dió una nueva prueba de la variedad y la flexibilidad de su gran talento escénico al interpretar el principal papel femenino de «El alcalde de Zalamea» ↓

Rafael Martínez tomó tambien parte en el festival de los periodistas a beneficio de la Campaña de Invierno

CARTELERA DE ESPECTÁCULOS DE LA SEMANA (INDUSTRIA INTERVENIDA POR EL ESTADO)

Del lunes 17 al domingo 23 de Octubre de 1938

TEATROS

IDEAL.—5,30. Los guapos, El santo de la Isidra y Gigantes y cabezudos.

A las 6

ASCASO.—El crimen del padre Amaro (de García-Iniesta).
BARRAL.—El chiquitín de la casa (graciosísima).
COMEDIA.—Los Cuatro Caminos (gran éxito cómico).
CHUECA.—Tú, gitano, y yo, gitana (gran cuadro flamenco).
ESLAVA.—La casa de los líos o El sostén de la Milagros (clamoroso éxito de risa).
ESPAÑOL.—El alcalde de Zalamea (extraordinario éxito).
FUENCARRAL.—Los amos del barrio (el verdadero éxito).
GARCIA LORCA.—¡Pide por esa boca! (superrevista excepcional).
JOAQUIN DICENTA.—Las incendiarias (extraordinaria revista).
LARA.—¡Yo soy un señorito! (de Serafín Adame y Santiago de la Cruz).
MARAVILLAS.—Los cardenales (magnífica revista).
MARTIN. — Las ametralladoras (triunfo enorme).
LOPE DE VEGA.—¡Qué más da! (grandioso suceso).
PARDIÑAS.—La verbena de la Paloma y Bohemios (Angeles Ottein)
PAVON.—Tirada en la vida (éxito delirante).
PROGRESO.—Rosa de Madrid (exitazo).

TEATROS DE VARIEDADES

CALDERON.—6, Radio Variedades Calderón 1940, con Pastora Imperio, Niño Pérez, Sepepe, Carmen Salvador, Muguet, Petit Ballesteros, Castex, Conchita España, Carmela Díez, Adelita Saavedra, Paquita Almería, Florita Aparicio, Orquesta Calderón, Maruja Nerina, Elsie, Conchita Alonso, Ballet Calderón, Baby and Jhonson, Manolo el de Badajoz, el Americano.
VARIEDADES.—4,15 y 6,30. Lidia Toledano, Paulita Flores, Rosita Crespo, Les Richards, Ani Helma, Fidelita Cobos, Trío Cortés, Topete, Hermanas Brasil, Cojo Madrid, Alfonso Alfaro, Lolita Granados, Mary Paz y Encarnita Iglesias, Carmen Flores, Orquesta Florida.
ZARZUELA.—6, Conchita Casado, Matilde de Granada, Anita Jovellanos, Lolita Santadell, Rendón, Conchita Muñoz, Lerín, Eloísa Montes, Arthur, Hermanas Piquer, Victoria de Madrid, Pepe Medina, Hermanas Manón, Inesita Pena con Orquesta Palermo, Niña de los Peines, Manolo Bonet, Ana Mary (Shirley Temple española), Rafael Martinez, Orquesta Renacimiento.

CINEMATOGRAFOS

A las 5 y 7 de la tarde

ASTUR.—Rivales en Singapoore. Jueves: Diego Corrientes.
AVENIDA.—Los claveles (española; María Arias; segunda semana).
BARCELO.—El príncipe de media noche (Henry Garat).
BILBAO.—Yo, tú y ella (Catalina Bárcena).
CAPITOL.—Sola con su amor.
DORE.—La novia del *gangster* (Ginger Rogers). Jueves: Entre dos corazones.
ENCOMIENDA.—El rey de los condenados (Conrad Veid).
FIGARO.—Luisiana y Héroes de tachuela (Laurel-Hardy).
GENOVA.—El conde de Montecristo (Elisa Landi, Robert Donat).
GOYA.—Johan Straus.
MONUMENTAL.—Un príncipe encantador y Venganza lejana (caballista).
PADILLA.—Esposas distraídas. Jueves: Juventudes rivales.
PALACIO DE LA MUSICA.—Guerra de valses.
ROYALTY.—Un vals para ti. Jueves: Caballero improvisado.
SALAMANCA.—La gran aventura de Silvia (en español; Katharine Hepburn, Gary Grant; segunda semana).
TIVOLI.—Caballeros del desierto.

CINES DE SESION CONTINUA

De 11 mañana a 9 noche

ACTUALIDADES.—Alta escuela.
CALATRAVAS.—Las cinco advertencias de Satanás (española; por Rastora Peña).
CARRETAS.—El refugio.
GONG.—Casta Diva (Martha Eggert).
MADRID-PARIS.—Las aventuras del rey Pausole.

De 5 tarde a 9 noche

BELLAS ARTES.—Flor de noche. Jueves: Canción de amor.
BENAVENTE.—El misterio del barrio chino. Jueves: Horror en el cuarto negro.
CHAMBERI.—Teodoro y Compañía. Jueves: Amar en ayunas.
DOS DE MAYO.—¿Por qué trabajar? (Laurel-Hardy) y ¡Queremos cerveza! (*Pamplinas*). Jueves: A las siete en punto.
ELCANO.—Mares de China (Jean Harlow, Clark Gable, Wallace Beery). Jueves: Honrarás a tu madre.
FLOR.—La llama sagrada. Jueves: Delincuente.
HOLLYWOOD.—Bajo dos banderas (Claudette Colbert). Jueves: Una noche en la ópera.
METROPOLITANO.—La simpática huerfanita (Shirley Temple). Jueves: Polvorilla.
OLIMPIA.—La dama atrevida. Jueves: Candidata a millonaria.
PLEYEL.—Suzy (Jean Harlow, Franchot Tone, Gary Grant).
PRENSA.—El último pagano (por *Mala, el Magnífico*.

CINES CON «FIN DE FIESTA»

A las 5 y 7 de la tarde

LATINA.—Entre dos corazones. Jueves: La diosa de la selva.

De 11 mañana a 9 noche

PANORAMA.—Mujeres de postín.

De 5 tarde a 9 noche

DURRUTI.—Flor de arrabal (Jean Harlow).
PROYECCIONES.—Entre el amor y la muerte.
RIALTO.—Una aventura oriental.

HISTORIAS DE ESPIONAJE

LOS SECRETOS DE LA MARINA ALEMANA

(CONTINUACIÓN)

Declaró que había llevado los planos y el libro de señales del buque, por unos breves instantes, y valiéndose para ello de Glauss, a un ingeniero llamado Pettersen. Confesó todos los detalles, todos los pormenores que él conocía relacionados con los manejos de aquellos hombres. Dijo también que Glauss había proporcionado al mismo Pettersen los planos de la traída de aguas y que Jaennicke había logrado los croquis del puerto militar. Al final de la declaración dijo que siempre, a lo largo de ese tiempo, había sentido el confuso temor de hallarse entre espías; que nunca había dejado de rondarle este pensamiento, más o menos impreciso; que sentía con toda su alma, aunque fuese ya demasiado tarde, no haber puesto en conocimiento de sus superiores todo aquello desde el mismo momento en que vió por primera vez a Pettersen.

El comisario escuchó toda la declaración de Ehlers con un sentimiento en que entraba por mucho la compasión. El buen marino había sido, como tantos otros hombres de voluntad débil y de horizonte económico estrecho, víctima inconsciente de los manejos ajenos. Inspiraba por ello, más que nada, lástima.

Un coche en las sombras

El comisario dispuso que una espesa red de agentes vigilase estrechamente la casita del jardín. Según todas las señales externas, los moradores del edificio estaban ausentes. No se les podía, por tanto, detener ahora. Pero, ¿estaban realmente fuera? Para saberlo con absoluta certidumbre fué enviado a la casa un agente, disfrazado de obrero de la Compañía del Gas. Pudo éste ver minuciosamente las habitaciones y escondrijos de la casa; al regresar dijo que solamente vivía allí una criada, y que no había observado en el interior del edificio nada sospechoso.

Al mismo tiempo se buscaba al vigilante Suhr. Sin duda, había huído al saber la detención de Glauss y Jaennicke. Quedaba, además, para rematar el asunto, el punto más importante y difícil: la captura de Pettersen y sus ayudantes más directos, puestos, sin duda, sobre aviso por el vigilante Suhr. Se ignoraba entonces también cuántos funcionarios del Estado estaban complicados en el asunto de espionaje; sólo más tarde se supo que Glauss y Jaennicke, con el dinero abundantemente repartido por Pettersen, habían conseguido unir a sus trabajos a un importante número de funcionarios oficiales.

A los dos días de establecido en la casa el servicio de vigilancia, los agentes que acechaban ocultos en el jardín vieron llegar un coche a la calle obscura, desierta y silenciosa. Era una noche callada, sombría. El coche apagó inmediatamente sus faros. De él surgió un grupo de personas, que con toda rapidez atravesó el jardín y penetró en la casa. Los agentes creyeron distinguir en el grupo, entre las sombras de la noche, a una mujer y tres hombres.

X

LAS DOS CASAS DESIERTAS

La casa de los espías

El comisario encargado del importante servicio sacó a sus agentes de los escondrijos en que estaban metidos para la vigilancia de la casa. Al frente de veinte hombres, pistola en mano, cercó completamente la vivienda. Llamó a la puerta con fuerza. Nadie respondió.

Pasaron unos segundos. No se escuchaba ningún ruido en la casa. Nadie salía a abrir. Por las ventanas, cerradas cuidadosamente, se filtraba algún débil reflejo de luz.

Los agentes llamaron de nuevo con mayor fuerza. El mismo silencio de antes. El comisario, ante ello, golpeó fuertemente una ventana del piso bajo, muy cerca de la puerta, y logró hacer saltar la persiana. El comisario, seguido de algunos de sus agentes, saltó con toda rapidez por la ventana.

Vieron asombradamente que la habitación estaba desierta. Con toda precaución siguieron recorriendo la casa. No había nadie en ella. Las puertas de todas las estancias estaban abiertas. Sólo una había cerrada en el piso segundo. Fácilmente lograron derribarla. Tampoco había nadie en ella.

La habitación era un laboratorio fotográfico. Del techo pendían lámparas de gran voltaje. Sobre las mesas, mapas, fotografías, máquinas, útiles de laboratorio. Más tarde se pudo comprobar que ninguno de los documentos allí encontrados tenía el menor interés. Sólo en un rincón, entre un montón de pruebas, había una que reproducía el momento en que Glauss y Jaennicke escalaban la cervecería.

El comisario recorrió repetidamente toda la casa, registrándola con la máxima minuciosidad.

Llegó hasta el tejado y descendió, seguido de sus agentes mejores, a la cueva. Sus pesquisas resultaron vanas también.

En la bodega, tras un estante que servía para colocar botellas, vieron un agujero de la altura de un hombre. Con las lámparas eléctricas encendidas, los agentes penetraron por el boquete.

Un servicio fracasado

Fueron atravesando un subterráneo. Cuando habían recorrido unos cien metros, se encontraron en la bodega de otra casa. Ascendieron a la vivienda y vieron que estaban en una villa situada muy cerca de la casita del jardín. Esta villa llevaba ya deshabitada varios años.

La existencia de este subterráneo y de esta segunda casa hizo ver claramente al comisario la verdad de lo ocurrido y comprender la razón de que ya no estuviesen allí los perseguidos por la Policía. Los habitantes de la casa misteriosa habían tenido la audacia de regresar a ella, a pesar de que se hallaba rodeada por la Policía, amparados en la comunicación subterránea, que les permitiría salir tranquilamente por la otra vivienda. Todo hacía suponer que los espías no debían encontrarse en Wilhelmshaven cuando fueron detenidos Glauss y Jaennicke. Luego, avisados, sin duda, por algún cómplice, habían regresado para recoger los documentos de interés que quedaban en la casa todavía. Este golpe de audacia les había salido bien, y la mujer que el agente disfrazado tomó por una criada se había dado igualmente a la fuga con los demás.

El automóvil en que llegaron estaba aún ante la puerta de la primera casa. Los agentes se hicieron cargo de él; pero pudo comprobarse que era de un patrono de Hamburgo que se dedicaba a alquilar sus coches y que era completamente ajeno a todo el asunto.

La sorpresa

Ya muy avanzada la noche, el comisario regresó al hotel en que se hospedaba. Iba muy deprimido, dolorido por lo ineficaz del servicio.

En el vestíbulo estaba aguardándole uno de los agentes que consigo había traído de Colonia y que no le habían acompañado aquella noche en la vigilancia de la casa de los espías. Este agente estaba destacado en la cárcel con la misión de vigilar especialmente a los detenidos por este asunto de espionaje.

(Continuará en el número próximo.)

BLENORRAGIA

(PURGACIONES)

en todas sus manifestaciones URETRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUJOS, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta el completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad

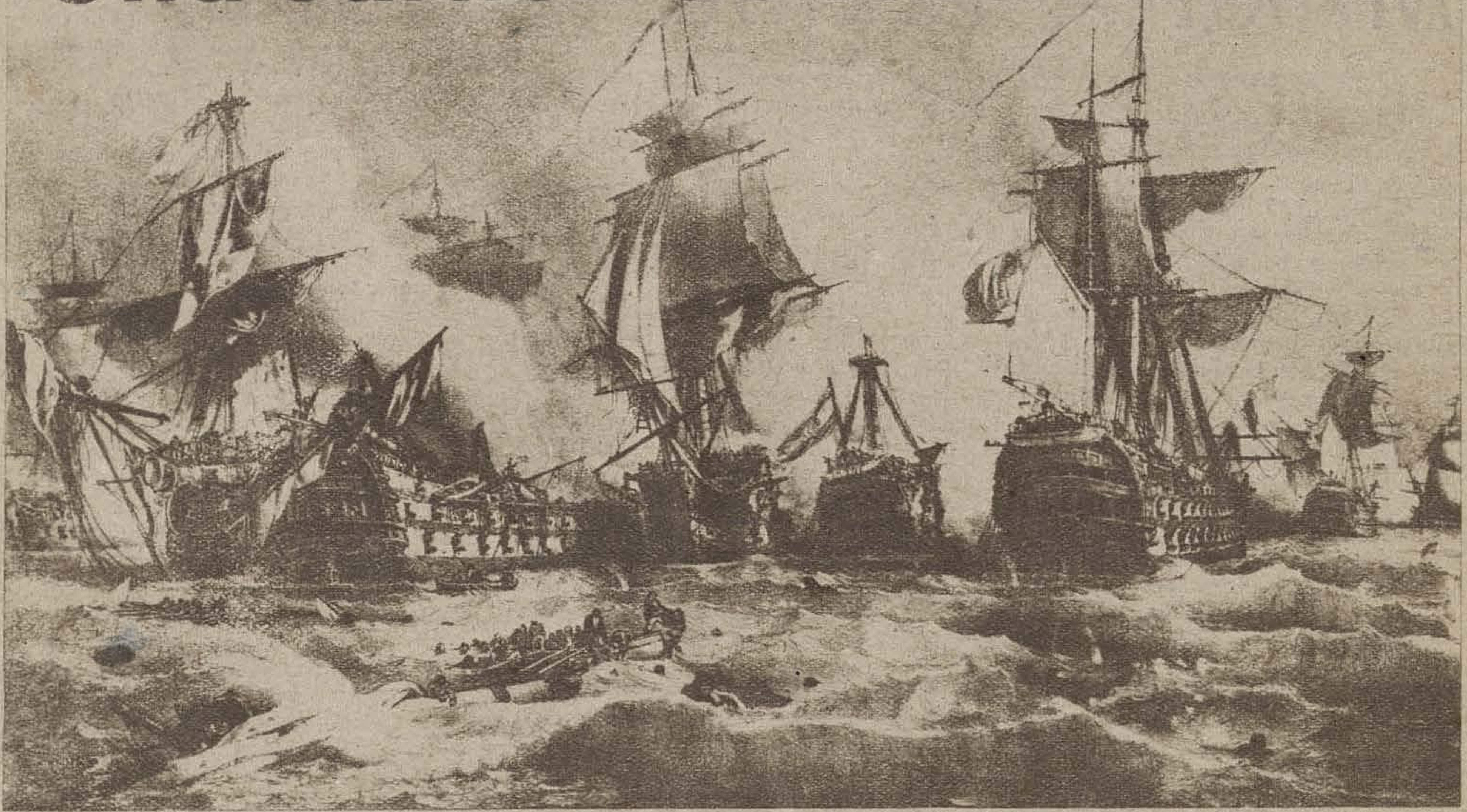
Basta tomar una caja para convencerse de ello. Exigid siempre los legítimos CACHETS DEL Dr SOIVRÉ y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a **6,60 ptas. caja** en las principales farmacias

Agentes. -- *New-York:* Drug Importing C.°, 179, Adams Street Brooklyn. -- *S. José Costa Rica* J. Carreras, Bazar Paris, Avenida Central. -- *S. Juan Puerto Rico:* J. Combas Peyork, Tetuán, 73. -- *Cuba:* J. Carlos Guasch. Apartado 825 Habana

Galdós en las trincheras

Una edición de TRAFALGAR



La batalla de Trafalgar, según una estampa de la colección de Monleón que se conserva en nuestra Biblioteca Nacional

El primer «Episodio Nacional» del glorioso Galdós, *Trafalgar*, se ha publicado en edición oficial, cuya venta está limitada a los combatientes. Es un homenaje a nuestros soldados y también un regalo espiritual, al mismo tiempo que un nuevo exponente de la preocupación que por la cultura sienten los hombres de la España republicana.

Con el episodio que narra aquel combate marítimo, cuya victoria pagó tan cara Inglaterra, y en el que acaso quedó decidida la suerte futura de Napoleón, inició Galdós la tarea gigantesca de hacer Historia, de poner en pie el pasado, no con recursos arqueológicos, sino con carne viva de humanidad.

Como Galdós, espíritu profundamente liberal, republicano, no había de escribir Historia «para uso del delfín», dió de lado—y ese fué su primer genial acierto—al tono engolado, grandilocuente, propio de los historiadores profesionales, y eligió sus personajes no en la Corte, ni en las altas esferas sociales, sino en las más humildes zonas del pueblo.

He ahí una de las razones iniciales del éxito de los «Episodios»: su semilla popular, el tono llano y claro del estilo que sabe expresar los grandes pensamientos y los más hondos sentimientos sin recurrir a la grandilocuencia académica. Galdós hace Historia de «abajo arriba», es decir, arrancando del pueblo, de la masa, para enfocar los personajes señeros, los señores, los generales, los reyes. «Gabriel Araceli», el protagonista de los «Episodios», es un arrapiezo del arroyo: carne y sangre de pueblo auténtico, en él están, por instinto, todas las virtudes y todos los entusiasmos... Puñado de arcilla del más puro vivero, Galdós lo moldea genialmente, como quizá a su mejor criatura y, con él de la mano, se adentra en la época magnífica y triste, de gloria y de crepúsculo que empezó para España en Trafalgar y que había de durar tanto como los Borbones de los pobres destinos... Y aun después de idos, dejarnos como trágica reliquia, como último brote, esta guerra que ensangrienta y arruina a España.

Ha sido indiscutible acierto esa edición de *Trafalgar* para nuestros militares. Como lo serían, en siembra de cultura, recreo del ánimo y estímulo de nobles esfuerzos, *Cádiz* y *Gerona* y cuantas páginas galdosianas narran y exaltan con belleza inigualables aquella epopeya española de la guerra de la Independencia.

Porque ninguno de esos «Episodios», ni las *Novelas Españolas*, es decir, nada de la ingente obra de Galdós, es hoy asequible a esa masa de nuevos entusiastas lectores que han surgido con la guerra. No hay libros de Galdós a la venta. Están agotadas las ediciones y no se hacen nuevas.

El Ministerio de Instrucción Pública publicó unos fragmentos de *El Dos de Mayo*. Ahora sale, y ya se ha dicho con qué carácter restringido, la edición de *Trafalgar*.

¿Por qué no se reeditan todas las obras de Galdós?... El tesoro espiritual que representan no puede ser un bien estancado que pueda regatearse egoístamente... No cuando la obra de un hombre alcanza la trascendencia de la labor galdosiana esa obra no puede ser sólo patrimonio de una familia o privilegio de un interés privado, sino que pertenece al pueblo que la inspiró y le dió vida.

Nadie pide, naturalmente, que se lesionen respetables intereses privados. Es justo que los actuales derechoabientes de Galdós perciban el fruto de su herencia. Lo que nos interesa no es lo que pueda producir Galdós (la reedición de sus obras sería un negocio magnífico); lo que nos preocupa es la «retención» de Galdós, la «ausencia» de Galdós, la falta de obras de Galdós para la avidez, ahora más necesitada y oportuna que nunca, de las masas de lectores que ahora, como nunca también, son pueblo auténtico, gentes entusiastas que acaso por primera vez compran un libro.

Ciertamente, Galdós, como negocio editorial, pertenece al interés privado. Pero no sería la primera vez que se obligue al interés privado, y muy justamente a amoldarse, a sacrificarse por el interés público...

Y Galdós escritor, Galdós creador de belleza, Galdós sembrador de cultura, pertenece a España, a su pueblo... Sus obras son, sobre todo ahora, necesarias, oportunas... De alguna pudiera decretarse que su lectura fuera obligatoria. Razones innegables que avalan el que por encima de todo obstáculo, de pereza o de egoísmo, deban imprimirse, por quien sea, nueva y rápidamente, los volúmenes señeros de la ingente producción galdosiana...

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid
(Printed in Spain)